

*Desafió al Imperio, a la Iglesia y a las costumbres
de un convulsionado siglo XII alemán*

La
ABADESA
de
Bingen



MARIA ELISA CORTINA

CALIGRAMA

La
ABADESA
de
Bingen

MARIA ELISA CORTINA



La abadesa de Bingen no es una obra de ficción (puede ser considerada una historia novelada). Hildegarda de Bingen y muchos de los personajes que aparecen en la obra fueron reales, ellos sí existieron. Además la veracidad de muchos de los hechos relatados y de los personajes que aparecen en la novela están avalados por la contundente bibliografía que se añade al final de la obra.

La abadesa de Bingen

Primera edición: enero 2018

ISBN: 9788417120887

ISBN eBook: 9788417164683

© del texto:

María Elisa Cortina

© de esta edición:

CALIGRAMA, 2017

www.caligramaeditorial.com

info@caligramaeditorial.com

Impreso en España – Printed in Spain

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a info@caligramaeditorial.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A Paola Corti, la historiadora que me habló de Hildegarda. A Mónica Lavín que me enseñó cómo escribir una novela. A Lichi por su incansable apoyo.

A Guillermo y José Luis que con tanto entusiasmo me acompañaron durante mi estadía en México.

A mi amiga Mónica Schmutzer que tuvo la paciencia de leer mis borradores.

A quienes admiro tanto, mis padres Pepe y Elisina.

A mis maravillosos hijos, Consuelo, Antonino, María Elisa y Anita que son la razón de todo lo que hago.

*Y a Enrique, el amor de mi vida.
Sin él nada hubiera sido posible..*

Introducción

Durante la vida de Hildegarda de Bingen cuatro emperadores gobernaron el Sacro Imperio Romano Germánico, once papas lideraron la Iglesia católica y existieron cuatro antipapas. Esto último refleja que a pesar que la Iglesia y el Imperio tenían un cimiento común que era la fe cristiana, ambas instituciones estaban duramente enfrentadas. La creciente influencia del papado, dentro y fuera de los límites de la Iglesia, desencadenó violentas luchas con los príncipes germanos, quienes a su vez llevaban varios siglos confiscando posesiones de la Iglesia y manejando asuntos eclesiásticos como la elección de obispos, abades e incluso papas. Como consecuencia de ello, la disciplina y la moral del clero se tornaron relajadas, la vida en el interior de los monasterios licenciosa y el pueblo quedó abandonado a su suerte. Surgió entonces un fuerte deseo de renovación espiritual, apareciendo nuevas órdenes monásticas, entre ellas la rama cisterciense benedictina a la cual perteneció Hildegarda. Como la sociedad del siglo XII era agraria, los monjes cistercienses construyeron sus monasterios en el campo, y ellos se transformaron en el centro de vida de toda la población de la comarca. En este mundo brilló Hildegarda.

En esta sociedad donde primaba el sentimiento religioso, la muerte no constituía una prueba terrible, pues nadie dudaba de la existencia del más allá. Más que a la muerte las

personas temían al juicio divino, al castigo del otro mundo y a los tormentos del infierno. Importaba asegurarse la gracia del Cielo y esa función era representada por la Iglesia. Por otro lado, el saber estaba en manos del clero, especialmente del regular, ellos eran prácticamente los únicos que sabían leer y escribir. Los monasterios se transformaron en verdaderos guardianes de la sabiduría y de las obras clásicas, y lo hicieron a través de la escritura y de la copia de grandes manuscritos. Escribir un manuscrito era una larguísima proeza, un duro trabajo que recaía sobre los monjes amanuenses. Si a esta dificultad se añade que las comunicaciones se realizaban a través del lento intercambio epistolar, pues la mayor velocidad que se alcanzaba era la del galopar de los caballos o la de las barcas que surcaban las aguas, se podría decir que el acceso a la cultura era privilegio de unos pocos. Sin embargo, el siglo XII fue culturalmente vigoroso. Además de ser el siglo de la escolástica, fue entonces cuando comenzaron a formarse las primeras escuelas monacales y episcopales, que junto con las primeras universidades europeas dieron un gran impulso a las ciencias sagradas: la teología y el derecho canónico. El arte románico estaba en su esplendor y aparecieron los primeros indicios del gótico. Fue un siglo de trovadores y juglares, de poesía y música. Desde este mundo de la cultura brilló también Hildegarda.

A pesar del uso de un revolucionario arado con rejas de hierro, el rendimiento de la tierra era débil. Las gentes de aquellos años estaban mal nutridas y muchas veces les resultaba difícil conseguir el pan de cada día. Los historiadores mencionan tres grandes hambrunas: 1124-1125, 1139 y 1145. La mayoría de las personas vivía en lo que sería para

nosotros una pobreza extrema, casi todo era de madera y muy poco de hierro. La miseria, sobre todo en torno a las nacientes ciudades, golpeaba con dureza a una parte de la población. Sin embargo, no existía la soledad del miserable de hoy, pues la sociedad medieval era fraterna y solidaria; la fraternidad aseguraba la supervivencia. Los males y las calamidades eran considerados pruebas de Dios, por lo tanto la caridad religiosa debía aliviarlos en cuerpo y alma, y los canónigos daban pan y asistencia a los pobres. Esto trajo consigo el desarrollo de instituciones hospitalarias y caritativas, especialmente en los monasterios. En este mundo de caridad también brilló Hildegarda.

Las enfermedades generaban un temor inmenso y las epidemias, que duraban semanas o meses, se acompañaban de numerosas muertes. Aunque en el siglo XII no se llegó a una catástrofe sanitaria de las dimensiones de la del siglo XIV, enfermedades como el fuego de san Antonio, la viruela o la lepra eran muy temidas. A cualquier afección cutánea le daban el nombre de lepra, considerada una enfermedad propia de la perversión sexual. Se miraba al leproso como un pecador, cuya corrupción le brotaba por la piel. La medicina, poco desarrollada hasta principios del siglo XX, estaba gobernada por humos, sangrías, hierbas, supersticiones e incluso por reliquias de santos, pues lo sobrenatural era un buen recurso ante la impotencia frente a un mal desconocido. Apasionada por el conocimiento científico, Hildegarda se dedicó a buscar la causa de las enfermedades (más allá de la tradición que las consideraba un castigo divino) y a dar con sus posibles tratamientos. Así es como también brilló en el mundo de las ciencias.

La sociedad del siglo XII era jerarquizada, las personas estaban insertas en el grupo familiar, en la aldea y en el señorío. Se podría decir que estaban siempre cerca, dormían en un mismo lecho y en el interior de las casas no había paredes solo colgaduras. Los hombres nunca salían solos, se creía que los que lo hacían eran locos o criminales y si lo hacían ellas, eran prostitutas o hechiceras. Se consideraba a las mujeres un ser inferior, necesariamente sometidas a los hombres, pues la sociedad medieval era masculina. Los bosques, por los que se circulaba con dificultad y peligro, constituían un elemento indispensable en la vida de los campesinos y de los señores de la época. Existía una gran diversidad de dialectos locales, pero la gente se entendía. La nobleza, que vivía en castillos, se vinculaba por alianzas matrimoniales, pero, por temor a diluir las pertenencias se casaba solo al hijo mayor, así que muchos jóvenes nobles y solteros se dedicaban al pillaje o a correr aventuras. Como toda sociedad, la medieval vivía, se divertía y moría, a veces con gran brutalidad. Los caballeros marchaban a las guerras, a las cruzadas (el de Hildegarda fue el siglo de la Segunda y Tercera Cruzadas) o se mataban entre ellos en los torneos, donde galopaban unos contra otros para derrocar al adversario y apoderarse de sus caballos y sus armas. Todo estaba permitido. Esos encuentros deportivos provocaban tantas víctimas que la Iglesia intentó prohibirlos aunque fue en vano, pues eran la descarga de una sociedad brutal. La Iglesia intentaba reponer la paz por todos los medios posibles, pero también participaba de la guerra. Sin duda, era una sociedad violenta, comparable a la que azota nuestras grandes metrópolis y nuestro mundo desarrollado. La prostitución estaba muy bien organizada y las

plazas de los mercados eran consideradas zonas de paz y de bullicio. Allí los juglares entretenían a los aldeanos, quienes iban a comprar y vender, a contemplar a los acróbatas y a escuchar a los narradores de cuentos, en fin, a disfrutar de la alegría de una vida llena de dificultades. En este mundo del siglo XII vivió y brilló Hildegarda, quien logró dejar una huella que ni siquiera el paso de mil años ha podido borrar.

Primera Parte

1098-1112

Capítulo 1

Decimosexto día del noveno mes del año de 1098

Al verlo, nadie podría creer que sangre de su sangre sería elegida por Dios para un destino especial, porque Hildebert von Bermesheim era un hombre duro e implacable. Ese día, montado sobre un caballo de batalla cubierto con gruesas placas de metal, se abría paso con rudeza entre la multitud de aldeanos que repletaba el lugar. Vestía una pesada armadura de hierro y protegía su cara y cabeza con un yelmo ovalado coronado con dos enormes penachos de color negro, por lo que de su rostro solo quedaba al descubierto una mirada temible y desafiante. En la mano izquierda llevaba una lanza afilada y un escudo triangular con el emblema de su familia, con la derecha dirigía al brioso animal hacia el rectángulo de arena donde se desarrollaría el torneo.

Acostada sobre la cama, y tras las cortinas que colgaban del dosel, Metchild desfallecía de dolor. Sus últimos alumbramientos habían sido fáciles, pero esta vez su décimo parto no le daba tregua. El corazón le latía con fuerza mientras sentía que el vientre se le desgarraba como si una fiera salvaje le arrancara la matriz. Entonces, a duras penas y empapada en sudor, trató de incorporarse para pedir alivio a las mujeres que la acompañaban, pero antes de lograr su cometido una fuerte embestida de la criatura la obligó a caer sobre la cama y a gritarle a su santa Virgen:

¡Dulce María, tú que auxilias a los corderos, auxíliame!

El torneo era la solemnidad más esperada del año, y toda la comarca estaba invitada al palenque del castillo anfitrión donde se desarrollaría la gesta. Siguiendo la costumbre, los nobles ocupaban un palco lujosamente decorado para la ocasión. Estaba a una altura suficiente para que todos pudieran ver cualquier lugar de la arena sin necesidad de levantarse y un toldo de color verde los protegía del caluroso sol del mediodía. Ataviadas con sus mejores galas, las mujeres llevaban vestidos de colores intensos y lucían joyas en la cabeza y el cuello. Los hombres vestían calzas negras y sayas hasta la rodilla de mangas ajustadas. Más abajo, y a pleno sol, se ubicaba ruidosamente el pueblo llano. A diferencia de sus señoras, ellas vestían trajinadas túnicas de colores oscuros y ellos, camisas blancas hasta la rodilla y calzas ajustadas de color marrón.

Durante los partos, Metchild siempre rezaba a la santa Virgen, pero esta vez su súplica fue corta, no tenía fuerzas para distraerse, el crío estaba en su interior sin querer salir. Aferrando nuevamente las manos al colchón, y con mechones de pelo pegados a su rostro, logró incorporarse y suplicar ayuda a la comadrona. Entonces, esperanzada, vio que esta tomaba unos granos de pimienta, los mezclaba con orégano y raíz de lino y vertía la mezcla en un paño de lana. Entusiasmada, Metchild vio que la mujer se acercaba a ella y le ponía el paño sobre el vientre.

—Esto te va a aliviar porque te ablandará la matriz, pero en este momento solo te queda ser fuerte y resistir —escuchó con desaliento que le decía duramente la comadrona—. Todavía no llega el momento en que debo actuar.

Según lo dictaba la costumbre, antes de dar inicio al torneo, cuatro heraldos, apostados en cada esquina del rectángulo, hicieron sonar fuertemente sus trompetas. Al son de ellas ambos combatientes ingresaron en el palenque montados en sus engalanados corceles de batalla y entregaron sus escudos a los heraldos ubicados sobre la arena. Con ellos en alto, y recorriendo palmo a palmo el recinto, estos los mostraron a los asistentes para que supieran quiénes habían sido los caballeros elegidos para luchar en la gesta. A medida que los heraldos se acercaban a la concurrencia, el público se ponía de pie gritando y aplaudiendo a rabiar. Terminada la exhibición de los escudos, estos se devolvieron a sus dueños mientras un nuevo sonar de trompetas dio inicio a la justa.

Sostenida de los hombros por dos jóvenes ayudantes, y con el paño sobre el vientre, Metchild rogaba a la Virgen que llegara el momento en que la comadrona se dispusiera a realizar lo que sabía hacer. Pero el tiempo pasaba con cruel lentitud, hasta que después de abrir los pesados cortinajes que cubrían las ventanas de la habitación y de pedir agua a otra moza que la ayudaba, la mujer se acercó a ella. Le levantó la camisa de lino por encima de la cintura, separó sus piernas, se frotó las manos con una mezcla de manteca de cerdo y aceite de almendras, e introdujo dos dedos, luego tres y por último la mano entera en su orificio dilatado. Metchild miró a la comadrona y notó que algo no iba bien. Desconcertada, vio que tomaba más mezcla con las manos, se engrasaba los brazos hasta los codos y repetía la operación. Entonces escuchó lo que no hubiera querido oír: «Te dolerá el doble Metchild, la criatura viene de pie.»

Ubicados en los extremos opuestos del palenque, ambos jinetes comenzaron a correr a galope tendido sobre la arena. Aperados con sendas lanzas de hierro se aproximaban a gran velocidad, mientras sus armaduras brillaban como diamantes por el reflejo del sol y una nube de aliento caliente salía de los ollares de sus corceles. De pie sobre los estribos, afirmados solo de las rodillas y con la lanza apuntando a su oponente, los jinetes estaban listos para asestarse la primera estocada. El público, atento a lo que ocurría en el palenque, vio cómo la pericia de cada uno de los combatientes le permitía esquivar con éxito la emboscada propinada por su oponente. Con fiereza y valor los guerreros arremetieron de nuevo. Entre embate y embate la tensión entre los espectadores crecía, pues ambos hombres no se daban tregua, la lucha era encarnizada. Entonces, algo ocurrió en el palenque. Acompañado de un grito fuerte y seco, el público se puso de pie.

Con el cuerpo temblando de dolor, Metchild dejaba escapar de su boca un terrible lamento mientras la comadrona, delante de ella, trataba arduamente de voltear a la criatura. Después de un rato de notable esfuerzo, la mujer lo logró. El bebé estaba en posición para iniciar su viaje de salida. Aferrada a sus últimas fuerzas, Metchild siguió con tesón las indicaciones que la comadrona le daba. Concentrada en realizar pujos intensos y de la mayor duración posible, después del tercer intento oyó lo que tanto ansiaba escuchar: «El bebé está a punto de salir, da el último empujón.» Como en ello le iba la vida, empujó con todas sus fuerzas. Entonces, en aquel caluroso día cuando el sol se ubicaba en su cénit y el verano estaba a punto de dar paso al otoño, Metchild dio a luz a una niña.